

surgido esos grandes hombres, que, como Pericles, como Augusto, como León X y como Luis XIV, han dado su nombre al siglo en que vivieron; los bellos monumentos se han multiplicado, los tesoros públicos los han expensado generosamente, y cuando algún ciudadano se ha atrevido á protestar, la voz de un Pericles, proponiendo hacerlos por su cuenta, pero poniendo en ellos su nombre y no el de la patria, ha bastado para persuadir á los económicos y callar á los timoratos y para entusiasmar al pueblo, al ver surgir entre las manos del artista las obras de belleza soberana que elevan á la patria amada en sublime apoteosis.

Nosotros que, débiles y pobres durante muchos años, hubiéramos considerado como la mayor de las insensateces atentar contra nuestro exiguo presupuesto para emprender cualquiera de las obras de grande aliento que ahora se realizan, vemos hoy con gusto que, gracias á la riqueza del Erario, reveladora de la vitalidad del país y la moralidad de su administración, nuestra capital se transforma, y al lado de los venerables edificios coloniales, que tantos recuerdos evocan, se levantan los suntuosos edificios modernos indicando por su variedad de estilos el gusto ecléctico de nuestra época. Y manifestamos en esto, como en todo, haber entrado de lleno en la moderna civilización industrial, tan admirada aunque también tan discutida en ocasiones, y que, á pesar de sus defectos, á pesar de los elementos morbidos que lentamente la minan, pasará gloriosamente á la historia, y más tarde, rodeada de esa aureola con que la imaginación ve á través de los años las cosas que fueron, inspirará con las grandezas de la epopeya á los Homeros y Valmikys del porvenir.

Hoy México da una prueba más de su participación activa en la vida universal, elevando un suntuoso monumento á la más universal de las instituciones y á una de las

que en más alto grado contribuyen á estrechar los lazos de solidaridad y armonía que deben ligar á todos los seres humanos. Las vías de comunicación en general, y muy especialmente el Correo, ligando entre sí á los diversos pueblos de la Tierra y creando entre ellos intereses recíprocos, desarrollan el espíritu de fraternidad y cooperan eficazmente á la realización de la obra de moralistas y filósofos, cuyos bellos aunque á veces utópicos ideales, sólo son acogidos con entusiasmo por las almas sensibles al bien y á quienes anima un gran amor á sus semejantes; pero no por aquellos que sólo comprenden la moral sirviendo de garantía á los mutuos intereses y sólo admiten sus principios cuando, sancionados ya por las leyes y las costumbres sirven de base á la organización de las sociedades.

Mientras la patria se reducía al horizonte que la vista abarcaba desde el campamento de la aldea; y aventuro sin temor esta hipótesis cuando recuerdo el espíritu de provincialismo que durante muchos años nos dominó y que indudablemente dominó en todo el mundo, aun después de que, suprimidos los pequeños Estados, se constituyeron las grandes nacionalidades modernas, cuya unidad política fué en un principio más aparente que real; mientras las vías de comunicación no adquirieron el prodigioso desarrollo que hoy deben al vapor y á la electricidad; muchos pueblos encerrados en sus fronteras ó ensanchándolas por derecho de conquista y otros llevando la precaria vida que sus propios recursos les proporcionaban, sólo veían, tras la cadena de montañas ó el brazo de mar que les separaba del resto del mundo, ó países misteriosos descritos en relaciones fantásticas, ó seres débiles á quienes oprimir, ó enemigos poderosos á quienes temer y contra los cuales había necesidad de amurallarse. Murallas en las fronteras, murallas en el comercio, murallas en las ideas, murallas en todas partes.

La histórica frase, que nuestro respetable Secretario de Hacienda citaba no hace mu-